

María

NUESTRO MODELO



Fue una Mujer de pueblo, sencilla, humilde que sólo se distinguía de las demás mujeres de Nazareth por su entrega total a Dios. Como todos los demás habitantes iban todos los días a la fuente de agua; por muchos años su principal ocupación fue cuidar con toda solicitud a José y al Niño, barriendo, cocinando, tejiendo. En fin, dedicada a las sencillas y monótonas tareas de su hogar. Nunca escribió un libro o dictó una conferencia; nunca caminó con cetro en la mano ni corona en la cabeza, ni lució costosas joyas ni vistió ricos vestidos, una mujer del pueblo no puede darse semejantes lujos. Esta pobreza llevada hasta el extremo la podemos ver en Belén cuando al dar a luz a su Hijo lo ha recostado en un pesebre; la vemos también, cuando sigue a Jesús por los caminos polvorientos de Palestina; y al pie de la cruz llorando la muerte prematura de su Hijo.

Fue una creyente, por ello es modelo de una fe muy grande ya que siempre tuvo el corazón abierto para cumplir en todo la Palabra de Dios. Siendo María aún muy joven le envió Dios un ángel para proponerle ser la Madre del Mesías. Ella, sin acabar de comprender plenamente los planes divinos, contesta con la famosa y conocida frase del «hágase en mí según tu Palabra». Palabra que deberíamos repetir todos los creyentes para poder imitar a nuestra Madre y como Ella, tener el corazón abierto para escuchar la Palabra de Dios y ponerla por obra en nuestra vida diaria.

MARIA MODELO DE SERVICIO Y ENTREGA A LOS DEMAS



Ya hemos recordado antes, cómo gran parte de su vida estuvo dedicada al servicio de la Sagrada Familia. Modelo de servicio y atención a los demás, en las bodas de Cana. Ahí fue la primera en darse cuenta de que faltaba vino y dio los pasos necesarios para remediar tan apurada situación. La vemos como modelo de servicio en todas las ocasiones. Iba a la fuente, cocinaba, lavaba, oraba. Aquí, como siempre, es un modelo para toda la Iglesia que tiene como especial mandato de su Señor el amor y servicio al prójimo.

Como buena mujer judía, ella oraba. El pueblo judío según el mandato de la Biblia, oraba mucho. Sin duda que nunca faltaba los sábados a la sinagoga y recitaba de memoria los salmos de su antepasado el Rey David; cada año iba al Templo de Jerusalén según lo mandaba la Ley de Dios.

Modelo de compromiso con el pobre. María no tuvo que hacer la “Opción preferencial” por los pobres de que tanto se habla hoy. Ella fue realmente pobre, pero no aceptó su pobreza y la

pobreza de tantos millones de hombres como algo «querido por Dios», sino que comprendió que era culpa de los ricos y poderosos que no saben compadecerse de sus hermanos. Como nos lo da a entender el famoso himno que entonó cuando fue a visitar a su prima Isabel:

“Engrandece mi alma al Señor y mi Espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso. Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada...”

(Lucas 2, 46-53).

DESDE UNA MIRADA SUPERFICIAL QUE NO CAPTA EL MISTERIO... ¿QUIÉN ES MARÍA?



María fue una Mujer humilde y sin ninguna característica extraordinaria. Nada sabemos de su aspecto físico, pero podemos ayudarnos a saber que fue una aldeana de Nazareth, pequeño poblado de montaña en Galilea, al norte de Israel.

Nazareth era un lugar perdido a los ojos del mundo. Sin brillo, sin riquezas, sin mayor cultura ... No se destacaba por nada, sino por ser lugar de revoltosos. Por eso, la pregunta que San Juan consigna en su Evangelio: “De Nazareth, ¿Puede salir algo bueno?” (Jn. 1,46) es un sentir generalizado de la época.

La vida de María, desde pequeña, transcurre tranquila e ignorada en el seno de una familia nazarena humilde y respetuosa de la ley. Pertenece, se cree, al grupo de los Anawim o “pobres del Señor” porque tenía puesta todas sus esperanzas en Dios. Crece, por tanto, en un ambiente muy religioso, de oración y de disponibilidad a la voluntad de Dios.

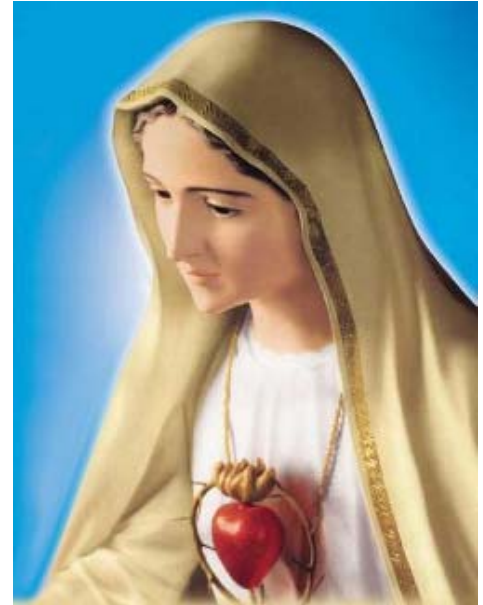
Es una Mujer hogareña que hace una intensa vida de familia, pero que también es segura de sí e independiente del qué dirán. Justo antes de su matrimonio da muestras de gran valor: se va a Judá, a unos 120 kilómetros hacia el sur, a visitar y ayudar a una pariente. Desde niña se nutre de las Escrituras: su canto, el Magníficat, es una alabanza a Dios entretejida por citas bíblicas. En este canto San Lucas nos muestra cómo María interpreta su vida desde la Biblia a la que conoce profundamente. No se trata de una aldeana sin carácter, sino que, ya desde muy joven, sabe qué quiere y lo hace. Y lo que quiere y hace no es producto de un capricho pasajero, sino que ella lo ve como su vocación y misión y lo fundamenta bíblicamente en el Magníficat, con sencillez y gran seguridad. Es toda una Mujer israelita cuyo criterio para juzgar el mundo es la Alianza con Dios. Se casa con el carpintero del pueblo y tienen un hijo único, lo que posiblemente la dejaba en inferioridad de condiciones ante las demás mujeres, que medían sus bondades por la cantidad de hijos que daban a sus maridos.

Después de su matrimonio, y de ser recibida por la familia de José (porque se vivía en clanes familiares), se dedica enteramente a las labores domésticas y al cuidado de su familia: (marido, hijo, parientes). Da gran importancia a la formación bíblica de su hijo. En la que el niño destaca ya a los 12 años, según nos narra el episodio del Templo (Lucas 2,41 -50). Ya viuda, cuando su hijo sale a predicar (cosa insólita, porque no pertenecían a una familia de expertos en la ley), ella lo acompaña en sus desplazamientos por el país.

Es una gran admiradora de su hijo e invita a la gente, como en Cana, a hacer todo lo que él dice. Sufre al presenciar cómo la gente que lo siguió, poco a poco, comienza a abandonarlo; cómo lo acusan de diversos delitos, lo traicionan y lo niegan. Lo ve morir la más vergonzosa de las muertes de la época: la del malhechor expulsado de su raza, la del abandonado por el Dios en quien ella le enseñó a creer, confiar y amar...Mirada desde fuera, la vida de María, como la de su Hijo, es un total fracaso.

DESDE SU VIVENCIA MAS INTIMA *¿QUIÉN ES ELLA?*

Como israelita creyente y fiel que era, se siente criatura de Dios. Criatura con una profunda relación de dependencia libre ante su Creador. Esta es, para ella, la verdad más íntima de su ser. En esta profunda certeza de su ser criatura, dependiente de un creador que la ama y quiere siempre lo mejor para ella (aunque ella no lo entienda), radica lo más característico de María: su disposición a escuchar a Dios y hacer, en todo, Su Voluntad. María cree que Dios quiere y puede comunicarse y, por eso, está a la escucha. En esta atenta escucha conoce su Vocación y, por la aceptación de esa Vocación, se abre a su Misión.



La Anunciación (Lc.1, 26-38) es un momento central en la vida de María y nos ayuda a comprender su íntima conciencia de sí. Por eso quisiera detenerme en este importante pasaje evangélico:

María estaba comprometida para casarse con José; estaba seguramente, enamorada de él. Su ilusión sería vivir con su amado y, como buena israelita, darle muchos hijos. Todo parecía indicar que ésta era la voluntad de Dios, además de la de José, de ella y de ambas familias. En ambiente tranquilo acontece lo inesperado...

A María, en oración de escucha, Dios le anuncia que concebirá a un hijo, ahora -no cuando se case y viva con José-, y esto es algo incomprensible. Por eso pregunta él ¿Cómo podrá ser esto?... Aún no está casada, no puede tener relaciones sexuales...

El enviado de Dios explica que este hijo será diferente, no tendrá padre humano, la concepción se realizará porque «el Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra». El Espíritu Santo de Dios será quien operará la encarnación del Hijo de Dios en sus entrañas virginales.

María escucha, presta atención aunque vaya contra las ilusiones más queridas de su corazón. Descubre su vocación en la propuesta de Dios para ella. La respuesta a ese llamado no es fácil. Nunca es fácil. Veamos qué significaba para ella.

Por un lado, María es una joven entregada a hacer en todo la voluntad de Dios. Estaba convencida de que esa voluntad era lo más importante en su vida. Por otro lado, lo que se le pide sacrificar es inmenso: perderá a su prometido que la repudiará como es lo lógico en estos casos según la Ley; perderá su honra ante todo el pueblo y quedará expuesta al rigor de la Ley: la muerte por lapidación era un castigo de las novias infieles... Si trata de explicar, nadie comprenderá, la creerán loca; incluso si José no la repudia, esto acaba con sus ilusiones tan humanas de tener con él muchos hijos. Porque María sabe que lo que Dios toca, el hombre no puede tocarlo... Ella se convertirá en la Nueva Arca de la Alianza a la que ningún ser humano puede penetrar ni poseer. Significa su virginidad perpetua, querida por el mismo Dios.

Ante esta situación tan difícil y humanamente sin solución, lo que triunfa en ella es su conciencia más íntima de ser una criatura amada por un Padre que no puede fallar y cuyo primer mandamiento es preferirlo por sobre todas las cosas... Ante la voluntad manifiesta de Dios cambia totalmente sus planes y lo hace con sencillez, valientemente. Desde su yo más profundo surge la difícil respuesta: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra".

¡Qué profunda sabiduría de lo que es ser hombre, de lo que es ser persona, revelan estas palabras de María! Reflejan una vivencia radical de lo que San Ignacio llama el "Principio y Fundamento" en sus Ejercicios Espirituales. Reflejan una concepción del mundo y de la historia como contruidos por los hombres en la medida en que respondan al llamado de Dios en esa misma historia y mundo.

María sabe, desde el fondo de su corazón y su vivir, que ella es parte importante, como todos, en la realización de este mundo en la medida en que esté abierta a escuchar y a responder, con todo su ser, a la llamada de Dios que se ha comprometido con la historia del hombre. Y sabe que Dios es roca firme, en quien todo se apoya y que nunca puede fallar, que es el principio y fundamento de toda vida. Sabe que «todo es posible para Dios».

María comprende que el hombre es más hombre en la medida en que esté abierto a este llamado de Dios en la historia, en su historia concreta, tal y como le toca vivirla. Comprende que en este mundo sólo es positivo y sólido servir a Dios y servirlo donde Él quiere ser servido.

Esta concepción del hombre como ser abierto a escuchar y responder a Dios en la vida concreta, es lo que caracteriza el pensamiento y vivir cristiano. A Jesús, educado por María, lo vemos siempre en función de escuchar y servir a los que lo rodean y siempre atento a escuchar y servir a su Padre, a establecer su Reino.

Hoy, en nuestro mundo, nadie quiere escuchar, todos queremos ser escuchados; nadie quiere servir, todos queremos ser servidos. Todos quieren realizarse plenamente ... pero como cada uno lo entiende. El hombre se pone a sí mismo como fin y excluye de su interés la voluntad de Dios.

María, con profunda intuición, sabe que la estatura del hombre es la de su amor. Y como sus aspiraciones son grandes se hace servidora de Dios, sabe que el Dios que le da la vida y se la conserva, la llama a servir, a entregarse, a amar. Esa es su misión. Y sabe que servir, entregarse, amar es su única forma de ser Mujer, de dejar huella, de ser importante, de realizarse. Se entrega entera, aún al absurdo humanamente: "Hágase en mí según tu Palabra".

Activa, abierta al llamado, cooperadora de la gracia para realizarse, para servir donde Dios lo pida y como lo pida.

María hace suya la voluntad de Dios. Escucha y se entrega al llamado. Acepta plenamente su vocación y se abre a la misión de entregarnos al Hijo de Dios hecho niño en sus entrañas, de entregarnos al Dios-con-nosotros.

Ella nos enseña, con su vida, la tremenda importancia que tiene para toda la humanidad el escuchar a Dios, creerle, dejarlo encarnarse en nuestras vidas y entregarlo a los demás. Ella nos enseña la tremenda fuerza vital que tiene la búsqueda de la propia vocación y la entrega a la misión.

En los Evangelios descubrimos que toda la vida de María se sintetiza desde entonces en esto: escuchar a Dios en su Hijo, encontrarlo día a día en la pequeñez de un niño, en la sencillez de un adolescente, en las palabras de un Joven. Considera en su corazón lo escuchado y se mantiene atenta, cercana, abierta al misterio y a lo inesperado.

Ella nos enseña a escuchar a su Hijo, con su ejemplo de toda una vida, y con sus palabras en las bodas de Cana: «Hagan lo que Él les diga» (Jn. 2,4). Y hacer lo que Él dice transforma... El agua se convierte en vino que alegra el corazón... Nuestra vida, siguiendo lo que Él nos diga, se hará alegre, poderosa y eficaz para transformar el mundo, para hacerlo más humano. Este es el gran mensaje de María: hacer lo que Jesús nos dice, estar dispuestos a escucharlo, a guardar sus palabras en el corazón (Lc. 2, 59), a ponerlas en práctica para que el Señor pueda hacer maravillas en el mundo de hoy. En el canto inspirado del Magnificat encontramos un resumen magistral de la autoconciencia de María: “El Señor hizo en mí maravillas, ¡Santo es mi Dios!” (Lc. 1,49).

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE DIOS

¿QUIÉN ES MARÍA?

María es su creatura más perfecta; la que aceptó plenamente llegar a ser lo que Dios se propuso al crearla. La que nunca le dijo que «no» y, por eso, su vida fue un puro crecimiento sin retrocesos. María es en esto la antítesis de Eva, quien, creada como ella sin pecado original, dudó del amor de Dios, quiso ser «como Dios» y decidir por sí y ante sí sobre lo bueno y lo malo (Gn. 3, 4). De esta forma Eva negó la realidad más profunda de su ser creatura y se engañó a sí misma, María, en cambio, vive plenamente la verdad de su ser.



Cada uno de nosotros somos creados para algo, y en la medida en que respondamos al ambicioso proyecto de Dios para nosotros creceremos y seremos felices. No aceptar el proyecto amoroso de Dios es empequeñecernos y autodestruirnos. Es castrarnos en nuestras posibilidades y no llegar a ser hombres y mujeres en plenitud. De ahí la importancia de descubrir el proyecto único para cada uno, que llamamos vocación, y seguirlo día a día. Toda vocación es la expresión del único llamado de Dios para una creatura. Se trata de una propuesta de Dios que requiere de una respuesta humana.

María es, a los ojos de Dios, la creatura que más plenamente tomó conciencia de su vocación y realizó su misión. María es, para Dios, la creatura predilecta.

Para el Padre: María es la que alegra el corazón del Padre Dios, aquella de la que dice la oración:

“Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza...”

María es aquella a quien dice, el ángel en la Anunciación: “Te saludo, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc. 1,28). Lo que quiere decir: alégrate, regójate porque Dios te ha hecho hermosa. graciosa, encantadora a sus ojos; su alegría está en ti, te busca y siempre quiere estar contigo. Es la hija predilecta del Padre, la Mujer que elige y prepara para ser la Madre de su Hijo.

Para el Espíritu Santo: María es hermosa porque durante toda su vida escuchó a Dios y consintió en dejarse llenar por el Espíritu Santo que es la fuente de todas las hermosuras creadas. Se convierte así en el templo del Espíritu Santo, la creatura dócil que se deja llenar, conducir e inflamar por el amor que viene de Dios para derramarlo en los hombres. Amor de Dios que, acogido por ella, agranda los intereses de su corazón hasta abarcar los infinitos intereses de Dios. El Amor de Dios anida en ella y la conduce a amar a los que Dios ama: los hombres.

Y porque María acogió al Espíritu Santo en su corazón, porque se dejó llenar de amor por El, pudo Dios introducirse personalmente en la historia humana para divinizarla. Gracias a María, nuestra historia adquiere una importancia infinita y eterna.

Para el Hijo: Es la Madre amada. A partir del momento del “sí” a Dios y de la encarnación, durante nueve meses se fue gestando en ella el Hijo de Dios. El Hijo de Dios crece en ella y este crecimiento continúa después, día a día, a lo largo de toda la vida de Jesús. Cada día vivido por Jesús bajo el cuidado de María y José fue el lugar de la extensión de la encarnación de Dios, el lugar del encuentro de la eternidad de Dios con la temporalidad del niño Jesús. Cada día vivido por Jesús fue un día humano asumido por Dios. divinizado.

María y José fueron testigos atentos y admirados, como todos los padres, de los progresos de su Hijo y, en este día a día a su lado, se entregaron a la contemplación de Dios en la vida corriente. Vivieron el momento presente como un sacramento: signo e instrumento de la unión con Dios y de los hombres entre sí.

María fue la Madre que alimentó y enseñó todo a su Hijo. Fue la que le dio todos sus genes humanos, todos sus rasgos físicos, culturales y religiosos. La que lo formó en el amor exclusivo al Padre de los cielos. La que siempre le dio ejemplo de escuchar y cumplir la voluntad de Dios.

Por eso, cuando a Jesús le dicen: “Bendito el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron”, Él responde al instante: “Benditos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”. ¡Al elogio entusiasta a su madre, Él contribuye con un elogio mayor! Y en otra ocasión, cuando le dicen al Señor: “**Te buscan tu Madre y tus hermanos**”, El responde: “**¿Quién es mi Madre y quiénes mis hermanos? El que escucha la palabra de Dios y la cumple, ése es mi hermano, mi hermana y mi Madre**”.



María fue Madre de Jesús en el más pleno y total sentido de la palabra precisamente por eso: porque escuchó, creyó y se entregó a cumplir la voluntad de Dios. Ella es, por indicación del propio Jesús, nuestro modelo en la búsqueda de la vocación y en el cumplimiento de la misión.

María es la Madre que acompañó siempre a su Hijo y le fue fiel hasta el pie de la cruz, donde se necesitaba mucho valor (Jn. 19, 25-27). Es la Madre generosa que acepta entregarlo por la salvación de los hombres y la que conduce a los hombres hacia Él.

Esta íntima relación trinitaria de María y el triunfo de Dios en ella, que celebramos en la fiesta de la Asunción es el resultado de una predilección especial a la que ella respondió con un inmenso “sí” de día tras día a su vocación. Así Dios la abrió a la gran misión de entregarnos al Hijo, al Dios-con-nosotros.